

LA TÁCTICA DE LA BATALLA CAMPAL EN LA FRONTERA DE GRANADA DURANTE EL SIGLO XV

JUAN CARLOS DONCEL DOMÍNGUEZ

Becario de la Fundación Valhondo-Calaff de Cáceres

El largo período que transcurre entre el comienzo de la décimoquinta centuria y el inicio de la guerra definitiva contra Granada en 1482, representó una etapa especialmente difícil de la existencia del reino nazarí. Fueron años de aislamiento internacional y debilidad interna, «*tres cuartos de siglo entre la vida y la muerte*» en palabras del profesor Ladero Quesada¹, en los que el emirato musulmán hubo de plegarse a los avatares de la debilidad o fuerza castellanos. Sólo la grave crisis que atravesó Castilla en el siglo XV, explica que sus relaciones con el reino granadino estuviesen dominadas por amplias fases de tregua vigentes. De hecho, como ha subrayado A. MacKay², durante el siglo largo que va de 1350 a 1460 se conocieron ochenta y cinco años de paz «oficial» en la frontera y sólo veinticinco años de guerra «oficial». Sin embargo, la vigencia de treguas no implicaba la ausencia de actividad bélica fronteriza, sino solo su distinta naturaleza y origen; el «*belicismo ambiental que impregnaba la vida en la frontera*»³ prácticamente imposibilitaba el respeto estricto a las decisiones de la alta política. No se trataba de grandes campañas orquestadas desde el poder central, sino de incursiones rápidas con un número limitado de hombres y un objetivo prioritario, la búsqueda de botín o la conquista de reductos de primera línea mediante escalos por sorpresa. Algaras y cabalgadas eran frecuentes en la frontera y por lo general no suponían la ruptura de treguas. Este permanente estado de beligerancia cotidiana trajo consigo la madurez o la aparición de una verdadera «fauna» especializada en la guerra fronteriza: adalides, almocadenes, rastreros, almogávares, escuchas y atalayeros, etc⁴.

1. Granada. *Historia de un país islámico (1232-1571)*, Gredos, Madrid, 1989, 3ª ed., p. 166.

2. «The ballad and the frontier in late mediaeval Spain», en *Bulletin of Hispanic Studies*, LIII-1(1976), p. 19.

3. GONZALEZ JIMENEZ, M.: «La frontera entre Andalucía y Granada: realidades bélicas, socio-económicas y culturales», en *Actas del symposium conmemorativo del quinto centenario de la incorporación de Granada a la Corona de Castilla*, Diputación provincial, Granada, 1993, p. 96.

4. Las páginas que han sido dedicadas a la vida fronteriza y sus personajes son muchas, por lo tanto, con vistas a no caer en una prolijidad innecesaria, puede verse, por ejemplo, GONZALEZ JIMENEZ, M.: *Op. cit.*, pp. 87-145, donde se incluye un útil apéndice bibliográfico.

Ante estas circunstancias, parece lógico que la batalla campal tuviera un escaso protagonismo y se hallara casi ausente de los anales bélicos castellano-granadinos. Incluso en los cortos períodos de guerra «oficial», la contienda se ceñía por lo general a una secuencia de talas, asedios y escaramuzas, que muy rara vez degeneraban en una lid campal. Este fenómeno no fue privativo de la Frontera. La batalla formal en campo abierto ha sido considerada por los historiadores del arte militar, e incluso por los propios contemporáneos medievales, como la más alta expresión del combate⁵. Es por ello, que su potencialidad como punto culminante de cualquier contienda, suscitaba todo tipo de temores, expectativas y esperanzas. Posiblemente por esto que se comenta tan someramente, la guerra medieval conoció un escaso número de auténticas batallas, ya que, incluso, en algunas ocasiones, los soberanos prohibieron terminantemente a sus ejércitos aceptar cualquier tipo de enfrentamiento que encerrase la posibilidad de tener un resultado decisivo⁶.

Por lo tanto, no debe extrañar en exceso que a lo largo del siglo XV, y hasta el comienzo de la guerra de Granada durante el reinado de los Reyes Católicos, solo existieran dos encuentros bélicos entre huestes castellanas y granadinas con la importancia suficiente como para ser considerados batallas campales: Boca del Asna en 1410 y La Higuera en 1431. El primero aconteció en las inmediaciones de Antequera como consecuencia del auxilio montado por Yusuf III para intentar levantar el duro asedio que el infante don Fernando de Trastámara estaba llevando a cabo sobre la plaza. El segundo tuvo lugar ante las puertas de la capital granadina y finalizó con victoria cristiana; grato final a las campañas que en 1431 protagonizaron Juan II y el condestable Alvaro de Luna.

La batalla campal constituía, a tenor de lo apuntado, la excepción a la regla, y ahí radica precisamente el interés de su estudio. Sin embargo, antes de abordar su análisis con mayor pormenor, cabe hacer dos observaciones. La primera, se refiere a las fuentes empleadas, fuentes que son esencialmente narrativas. Así, para el estudio de la batalla de Boca del Asna han sido especialmente útiles la *Crónica de Juan II de Castilla* de Alvar García de Santa María y la *Crónica de Juan II* atribuida a Fernán Pérez de Guzmán, aunque también pincela el episodio la *Crónica de Alvaro de Luna* de Gonzalo Chacón. Con respecto a La Higuera son esenciales las crónicas ya citadas de Pérez de Guzmán y Chacón, noticias que pueden completarse con el relato, menos detallado pero útil, que nos ofrecen la *Crónica del Halconero de Juan II* y la *Refundición de la Crónica del Halconero*⁷. La segunda observación que debe tenerse en cuenta es que este trabajo no pretende ser un relato de ambas batallas, labor que ya ha sido realizada⁸, ni tampoco una disección de su significado e importancia dentro del contexto polí-

5. GARCIA FITZ, F.: «La guerra en la obra de Don Juan Manuel», en *Estudios sobre Málaga y el reino de Granada en el V centenario de la conquista*, Diputación provincial, Málaga, 1987. p. 59.

6. CONTAMINE, Ph.: *La guerra en la Edad Media*, Labor, Barcelona, 1984, p. 286.

7. GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Crónica de Juan II de Castilla*, ed. de J. de M. Carriazo, Madrid, 1982, pp. 300-310; PEREZ DE GUZMAN, F.: *Crónica de Juan II*, ed. «B. A. E.», tomo LXVIII, Madrid, 1953, pp. 318-320 y 496-500, respectivamente; CHACON, G.: *Crónica de Don Alvaro de Luna, condestable de Castilla, maestre de Santiago*, ed. y est. de J. de M. Carriazo, Madrid, 1940, pp. 15-16 y 128-142, respectivamente; CARRILLO DE HUETE, P.: *Crónica del Halconero de Juan II*, ed. y est. de J. de M. Carriazo, Madrid, 1946, pp. 101-107; BARRIENTOS, L.: *Refundición de la Crónica del Halconero*, ed. y est. de J. de M. Carriazo, Madrid, 1946, pp. 120-123.

8. En realidad, ambos episodios bélicos han sido sendamente narrados por la historiografía. Véase, fundamentalmente, con respecto a la batalla de Boca de Asna, LOPEZ ESTRADA, F.: *La toma de Antequera*, Caja de Ahorros y Préstamos de

tico-militar en el que acontecieron. Por el contrario, la tarea propuesta es abordar, a partir de bases cronísticas, el conocimiento de los dispositivos tácticos que en un escenario bélico amplio dispusieron castellanos y granadinos, aparataje militar que se concretó en las batallas respectivas⁹.

La marcha por territorio enemigo hacia el campo de batalla era una operación previa al encuentro formal que, regida por sus propias reglas y principios, requería la adopción de determinadas medidas precautorias destinadas a garantizar el alcance del objetivo militar. La escasa movilidad y la lentitud que caracterizaban a un ejército de grandes dimensiones, como era el que Juan II dirigió contra Granada en 1431¹⁰, convertía la marcha en una constante amenaza. El hecho de que la internada fuera a través de territorio granadino obligaba, si cabe aún más, a ser precavido, pues no debe olvidarse que los fronteros musulmanes eran auténticos maestros en la «guerra guerreada». Parece ser que Juan II contaba con un sistema de información eficaz, escuchas y atalayeros, que derramados por delante de la vanguardia del grueso de los efectivos, pudiesen hacer alertas tempranas ante cualquier contingencia que pudiese surgir. Concreción de este dispositivo fue precisamente la llegada de una serie de noticias que le permitieron saber que Montefrío y sus inmediaciones, vecinos a la frontera con Castilla, carecía de la guarda adecuada, lo que influyó en su decisión de destacar al conde de Haro para que corriese la zona¹¹.

Antequera, Antequera, 1964, pp. 33-43; TORRES FONTES, J.: «La segunda campaña. Antequera. 1410», en *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos*, XXI/1 (1972), pp. 47-51; PINO GARCIA, J.L. del: «La conquista de Antequera», en *Temas de historia militar. II. Comunicaciones del primer congreso de historia militar-Zaragoza, 1982*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1985, p. 177. Para La Higuera puede destacarse, SECO DE LUCENA PAREDES, L.: «Las campañas de Castilla contra Granada en el año 1431», en *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos*, IV (1956), pp. 103-117; SECO DE LUCENA PAREDES, L.: *Muhammad IX, sultán de Granada*, Patronato de la Alhambra, Granada, 1978, pp. 91-117; TORRES FONTES, J.: «La historicidad del romance “Abenámbar, Abenámbar”», en *Anuario de Estudios Medievales*, 8 (1972-1973), pp. 230-232; MORFAKIDIS, M. y MOTOS GUIRAO, E.: «Un pasaje de Laonicos Calcocondylas relativo a la batalla de La Higuera y a sus consecuencias inmediatas», en *Relaciones exteriores del reino de Granada. IV coloquio de historia medieval andaluza*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1988, pp. 71-82. Ambos hechos de armas son recogidos por SUAREZ FERNANDEZ, L.: *Juan II y la Frontera de Granada*, Facultad de Filosofía y Letras de Valladolid, Valladolid, 1954, pp. 13 y 19-21, respectivamente.

9. El estudio de la batalla formal no puede restringirse al encuentro en campo abierto de los ejércitos. De hecho, según GARCIA FITZ, F.: «La didáctica militar en la literatura castellana (segunda mitad del siglo XIII y primera del XIV)», en *Anuario de Estudios Medievales*, 19 (1989), p. 281, los propios «tácticos» castellanos medievales describían las técnicas guerreras que debían ser utilizadas en las distintas fases de la lid campal, desde el inicio de la marcha hacia el lugar elegido para el combate hasta la culminación de la campaña. Este esquema aproximación-instalación sobre el terreno-ejecución es perfectamente válido para la batalla de La Higuera, objetivo último de la campaña que en 1431 dirigió Juan II contra Granada, pero no para Boca de Asna, enfrentamiento subordinado al principal hecho bélico de la campaña de 1410, la conquista de Antequera. Por ese motivo, en lo referido a Boca de Asna, si nos circunscribiremos en líneas generales al encuentro formal.

10. El total de las fuerzas lo estiman las crónicas en diez mil caballos y cincuenta mil peones (CARRILLO DE HUETE, P.: *Ob. cit.*, p. 101; BARRIENTOS, L.: *Ob. cit.*, p. 119), a los que cabría añadir las milicias de Sevilla, mil jinetes y cinco o seis millares de peones (CARRILLO DE HUETE, P.: *Ob. cit.*, p. 103; BARRIENTOS, L.: *Ob. cit.*, p. 120). Es evidente que estas cifras son exageradas, al menos las referidas al total estimado. En cuanto a la hueste concejil, R. Sánchez Saus, que no ha podido confirmar las cifras documentalmente, apunta que esos contingentes probablemente incluirían no solo la milicia concejil sevillana, sino también a caballeros y nobles andaluces que se unirían al Pendón en su ida al campamento del rey; solo en ese caso podrían aceptarse los números que nos ofrecen las crónicas («Las milicias concejiles y su actuación exterior: Sevilla y la guerra de Granada (1430-1439)», en *Estudios de historia y arqueología medievales*, III-IV (1984), pp. 59-60).

11. SECO DE LUCENA PAREDES, L.: «Las campañas...», *art. cit.*, pp. 104-105.

Pero si importante era para la expedición castellana contar con una red de información, también lo era una adecuada organización de la hueste durante la marcha. El contingente fue dividido a la manera tradicional, en grupos semiautónomos o «batallas»¹², para así dotar al ejército de suficiente movilidad como para hacer frente a cualquier ataque por sorpresa durante el trayecto. La batalla «delantera» iba comandada por el condestable don Alvaro de Luna; detrás de ella se situó «la batalla del rey» o cuerpo principal, flanqueada por «dos batallas gruesas, de las cuales la una iba por ala de la batalla del Rey á la mano derecha, é la otra á la izquierda»¹³. El dispositivo se completaba con una avanzadilla de mil jinetes de la casa del condestable, lista para «escaramuzar si menester fuese con los Moros»¹⁴. Este nutrido grupo de jinetes avanzados tenía una función muy específica. Los ejércitos musulmanes se caracterizaban por su movilidad y la ligereza de su armamento ofensivo y defensivo, movilidad que los dotaba de una rapidez y flexibilidad que contrastaba con la pesadez y lentitud que distinguía al «hombre de armas» o al peonaje¹⁵. La presencia de caballos en primera línea¹⁶, teóricamente garantizaba una respuesta eficaz a cualquier ataque granadino. Aunque las crónicas nada nos dicen al respecto, es probable que este dispositivo general incluyera también una retaguardia en la que se transportaba la impedimenta, vituallas y artillería¹⁷. Todas estas precauciones fueron completadas con la elección de lugares destinados al descanso de la hueste, escogiéndose las acampadas en función a dos presupuestos: o bien, lugares altos desde los que se pudiese montar una fácil defensa¹⁸, o bien, por motivos sobradamente evidentes, cercanos a cursos de agua¹⁹. Simul-

12. PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 497; CHACON, G.: *Ob. cit.*, p. 128.

13. PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 497.

14. *Ibidem*, p. 497.

15. GARCIA FITZ, F.: «La guerra en la obra..., *art. cit.*, p. 61. Sobre las características del ejército nazarí y sus tácticas, véase, entre otros, ARIE, R.: *El reino nasri de Granada (1232-1492)*, Madrid, 1992, pp. 226-241 y «Sociedad y organización guerrera en la Granada nasrí», en *Symposium conmemorativo del V centenario de la incorporación de Granada a la Corona de Castilla*, Diputación provincial, Granada, 1993, pp. 147-193.; TORRES DELGADO, C.: «El ejército y las fortificaciones del reino nazarí de Granada», en *Gladius. Actas del primer simposio nacional sobre «las armas en la historia»*, Universidad de Extremadura. Instituto de estudios sobre armas antiguas (C.S.I.C.), Madrid, 1988, pp. 197-217, reed. en *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, I [2ª época] (1987), pp. 95-115; SECO DE LUCENA PAREDES, L.: «El ejército y la marina de los nazaríes» en *Cuadernos de La Alhambra*, 7 (1971), pp. 37-40.

16. En la mayoría de Europa occidental, la caballería ligera solamente se empleó en escaramuzas y misiones de reconocimiento, y nunca tomó parte integral en los sistemas tácticos de la Edad Media. Sin embargo, en determinadas áreas fronterizas del Occidente medieval, las condiciones en que se desarrollaba la guerra, permitieron un mayor protagonismo de los hombres a caballo ligeramente armados. Estamos hablando, por ejemplo, de los «ginetes» castellanos, los «hobilar» ingleses o los «stradiotas» venecianos.

17. Sabemos que el ejército castellano transportaba piezas de artillería. Las crónicas nos informan que en la toma de la torre de Puente de Pinos se empleó artillería pirobalística; según unas fuentes se utilizó una lombarda (CHACON, G.: *Ob. cit.*, p. 129; CARRILLO DE HUETE, P.: *Ob. cit.*, p. 104; BARRIENTOS, L.: *Ob. cit.*, p. 121), mientras que otras aluden al uso de «grandes tiros de pólvora» (PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 497).

18. La hueste montó su campamento a una legua de Alcalá la Real, en «un cerro que llaman la Cavega de los Ginetes» (CARRILLO DE HUETE, P.: *Ob. cit.*, p. 103; BARRIENTOS, L.: *Ob. cit.*, p. 120). Una vez atravesado Puerto Lope, y ya en territorio musulmán, el rey asentó su real en otero cerca de Moclín (CHACON, G.: *Ob. cit.*, p. 128; PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 496).

19. Poco después de salir de Córdoba, el rey «vino a poner el rreal a una ribera de un río que llaman Guadaxoz» (CARRILLO DE HUETE, P.: *Ob. cit.*, p. 101; BARRIENTOS, L.: *Ob. cit.*, p. 119).

táneamente, tampoco se olvidó tomar medidas para garantizar las comunicaciones entre el ejército cristiano y la frontera que había quedado a la zaga, con el fin de evitar su aislamiento de las bases andaluzas²⁰.

Aunque en tránsito por territorio enemigo, la hueste castellana no se limitó a adoptar disposiciones defensivas. En ocasiones destacó contingentes para llevar a cabo cabalgadas por zonas cercanas²¹, o, incluso tuvo que conquistar alguna posición fortificada granadina que defendía el camino²².

Finalizada la marcha, la instalación sobre el terreno y el levantamiento del «real» obligaba también a tomar precauciones. Una vez el ejército entró en la Vega de Granada, asentó su campamento junto a un curso de agua, «sobre la ribera de Xenil, en una aldea que llamaban Atarfe, una legua de Granada»²³. Consciente del peligro que suponía un real desguarnecido a unos kilómetros de la capital granadina, el condestable se encargó de los trabajos de fortificación: levantó un gran palenque a su alrededor, abriendo cuatro vanos²⁴. Simultáneamente, se organizó un férreo sistema de vela y atalayaje²⁵, con la prohibición expresa de que sus encargados se alejaran del campamento, disposición que se completaba con la colocación de guardas a lo largo de todo el camino hasta la ciudad²⁶. La vigilancia del real se mantuvo, incluso, después de la batalla, «porque el reposo e descuidamiento de la noche no fiziese de los vençedores vençidos, e de los vençidos vençedores»²⁷.

La adopción de medidas cautelares por la hueste castellana en el transcurso de esta campaña no fue excepcional. Don Fernando también las puso en práctica durante el cerco de Antequera. El «real» del obispo de Palencia, atacado en el transcurso de la batalla de Boca del Asna, estaba también fortificado, «e tenía en derredor fasta una tapia de tierra, e della de piedra seca, por palenque»²⁸. Además, en previsión del envío de un ejército de socorro granadino, el infante había organizado un eficaz sistema de vigilancia que dio sus frutos, ya que permitió conocer en cada instante los movimientos de la hueste musulmana que se acercaba²⁹. También ésta tomó sus precauciones al aproximarse al ejército castellano que cercaba la ciudad. Desde

20. «E de allí el Rey mandó a Don Pero Ponce de Leon, Conde de Medellín, que quedase en Alcalá la Real y en esa comarca con ciertos hombres de armas é ginetes para guardar el camino á los que fuesen al Real, así con viandas como en otra cualquier manera» (PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 496).

21. «...por mandado del Rey fué Don Pedro Fernandez de Velasco, Conde de Haro, á correr un lugar de Moros a cinco leguas donde, que llamaban Montefrío, donde taló todas las viñas é árboles é panes, é quemó las alquerías que halló» (PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 496).

22. Conquista de la torre de Puente de Pinos (PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 497; CHACON, G.: *Ob. cit.*, p. 129; CARRILLO DE HUETE, P.: *Ob. cit.*, p. 104; BARRIENTOS, L.: *Ob. cit.*, pp. 120-121).

23. CHACON, G.: *Ob. cit.*, p. 129.

24. «Otro día, viernes, veynte e nueve días del mes de junio, dió el Condestable tan grand priesa, que el real del Rey fué çercado de un grand palenque, muy bien ordenado. Sería la çerca del palenque de tanto compás como la çibdad de Sevilla. E mandó dexar en él quatro puertas, por do entrasen e saliesen en el real, que estaba ordenado por sus calles en muy fermoso asiento» (*Ibidem*, p. 131).

25. *Ibidem*, p. 129.

26. PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 497.

27. CHACON, G.: *Ob. cit.*, p. 141.

28. GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, p. 305.

29. PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p.318; GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Op.cit.*, p. 300.

su salida de Archidona, caballeros y peones no descendieron de la sierra, desplazándose «*por la Sierra los peones, e los caballeros por el ala de la Sierra*»³⁰; y una vez avistadas las fuerzas cristianas que cercaban Antequera, emplazaron su campamento en una zona estratégica, en un otero desde el que era posible divisar el real del obispo de Palencia y a su vez controlar el paso natural hacia la costa malagueña³¹.

En páginas anteriores nos referimos a la importancia que en la Edad Media se confería a la batalla campal. Frente a la lentitud del cerco o los resultados limitados de incursiones y cabalgadas, el enfrentamiento en campo abierto era considerado decisivo³². Pero para los contemporáneos de Alvaro de Luna o Fernando de Antequera, en la batalla no solo intervenían factores como los medios, el número de fuerzas, o la capacidad de ambos contendientes; en ella también se ponía de manifiesto la intervención divina en apoyo del justo, especialmente cuando el enemigo era además de religión musulmana³³.

En lo referido a los planteamientos tácticos en los dos encuentros bélicos objeto de nuestro estudio, debemos comenzar por hacer dos apreciaciones: en primer lugar, destacar la improvisación con que actuaron los dos contendientes; en segundo lugar, y en relación con este primer aspecto, la pobreza de los recursos tácticos empleados por ambos ejércitos.

Sabemos con seguridad que, tanto Juan II y su condestable, como el infante Don Fernando, deseaban plantear batalla³⁴; sin embargo, no pudieron elegir ni el momento ni el lugar. Ambos enfrentamientos se iniciaron con escaramuzas³⁵, y probablemente ninguno de los adversarios fue entonces consciente que estaba gestándose un encuentro campal de importancia. En

30. GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, p. 301. También en PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 318.

31. PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 318; GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, p. 301.

32. Esta concepción la vemos reflejada en las crónicas. Fernando de Antequera veía en la batalla campal la posibilidad de decidir victoriosamente la campaña y evitar un largo cerco que no deseaba: «...*los ynfantes moros tenían su real asentado en Archidona, con todo el poder de su rey de Granada. Las nuevas venidas, el Infante pensó que le venían a dar la batalla. Al Infante plugo mucho, e a los cavalleros que con él estavan; por qué entendía, plaziendo a Dios, según la gente qué tenía, de llevar donde lo mejor, e porque allí serían más ayna librados todos fechos de guerra*» (GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, pp. 300-301).

33. Al respecto, dice la *Crónica de Alvaro de Luna*: «*Como la vitoria de las batallas sea en las manos del todopoderoso Dios, muchas él la otorga, quando los hombres no la esperan*» (CHACON, G.: *Ob. cit.*, p. 132).

34. Con respecto a las intenciones del Infante véase nota 32. En cuanto a las de Juan II y su condestable, son muy representativas las palabras con las que comienza el capítulo XIX (año 1431) de la *Crónica de Juan II*: «*Estando el Rey cerca de Granada deseando mucho la batalla con los Moros...*» (PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 497).

35. Boca de Asna vino precedida por dos escaramuzas. En la primera se enfrentaron dos pequeños grupos a caballo que habían salido de ambos campamentos para vigilar los movimientos del enemigo (GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, p. 301; PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 318). La segunda, que marcó el inicio de la batalla, fue provocada por los cristianos, quienes, en reducido número, se acercaron en exceso al real granadino (GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, p. 303; PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 319). La Higuera comenzó cuando los hombres del maestre de Calatrava, encargados de la custodia del real, iniciaron tareas de allanamiento de las acequias y barrancos que rodeaban la capital granadina y en un momento dado podrían obstaculizar los movimientos del ejército cristiano. Sobre este grupo cayó por sorpresa un destacamento musulmán, cuyos componentes fueron progresivamente aumentando hasta obligar a intervenir a Alvaro de Luna (CHACON, G.: *Ob. cit.*, p. 132; PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 497; CARRILLO DE HUETE, P.: *Ob. cit.*, pp. 104-105; BARRIENTOS, L.: *Ob. cit.*, p. 121).

el caso de Boca del Asna, cabría añadir que el infante ni siquiera pudo dirigir a sus hombres en la batalla ³⁶.

En tales circunstancias, es lógico que los recursos tácticos empleados no fueran demasiado abundantes. Quizás sea en Boca del Asna donde este aspecto se puso más de manifiesto. Si nos atenemos al relato que nos proporcionan las crónicas³⁷, la confrontación campal se redujo a una escaramuza previa que degeneró finalmente en un ataque masivo granadino sobre el real del obispo de Palencia, y en el que fueron frecuentes los actos heroicos e irreflexivos por ambas partes; la sola presencia del ejército del infante Don Fernando, que no llegó a intervenir, desbarató a los musulmanes, que presos del pánico, fueron derrotados y su real destruido³⁸. A pesar de todo, cabría hacer hincapié en algunos aspectos de orden táctico que merecen destacarse: finalizada la escaramuza junto al campamento granadino, el contingente cristiano, presionado por la abrumadora superioridad musulmana, comenzó la retirada en orden y muy lentamente, con el objeto de dar tiempo a la hueste castellana a organizar la defensa³⁹. Las crónicas centran su atención en la eficacia con la que Sancho de Rojas organizó la defensa del real, en el que todos los hombres tenían asignado su puesto de antemano y, si alguna posición quedaba desguarnecida, inmediatamente su protección era asignaba a alguien ⁴⁰. Ambos ejércitos emplearon caballería y peonaje⁴¹, aunque no tenemos indicio alguno del uso de tiros de pólvora. Finalmente destacar que una parte importante de las fuerzas cristianas no entraron en combate ⁴², lo que evidencia que, en buena medida, fue el factor psicológico el que, si no decidió la derrota nazarí, al menos la precipitó.

36. La batalla tuvo su epicentro en el real del obispo de Palencia. Los granadinos, que desconocían la existencia del campamento del infante, creyeron que el real del obispo era en realidad el de Don Fernando y concentraron todas sus energías en su conquista (GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, p. 304; PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 319). El infante no llegó a intervenir, su actuación se redujo a enviar un primer ejército de socorro a Sancho de Rojas, mientras organizaba su hueste, cuya vanguardia si intervino en la confrontación (GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, pp. 305-306; PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 319).

37. GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, pp. 302-308; PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, pp. 319-320.

38. Según las crónicas, la expedición de socorro granadina reunida en Archidona tenía cinco mil caballos y ochenta mil peones (PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 318). No sabemos cuantos de estos efectivos intervinieron en la batalla, pero sí conocemos el número de cristianos a caballo que lo hicieron, menos de doscientos (GARCIA SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, p. 309). En cuanto a las pérdidas de ambos bandos, las cifras que nos ofrecen las crónicas son también poco creíbles, unas calculan los musulmanes muertos en quince mil y los cristianos solo en ciento veinte (PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p.320), mientras que otras reducen aún más el número de cristianos fallecidos, «*que no morieron de los cristianos más de fasta diez omes*» (GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, p. 309). Dificilmente podemos considerar verídicas estas cifras. El contraste entre las fuerzas castellanas y nazaríes, tanto en el número de participantes como en el de pérdidas, no tiene otro interés que el de destacar la importancia de la victoria y subrayar el «heroico» papel que las fuerzas cristianas desempeñaron en ella.

39. GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, pp. 303-304; PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 319.

40. GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, p. 305; PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 319.

41. Sabemos que en la escaramuza que cristianos y musulmanes libraron junto al real granadino intervinieron jinetes y peones por ambas partes (GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, p. 303; PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 319). El ejército granadino que se precipitó sobre el campamento del obispo de Palencia, también estaba formado por «*moros de cavallo que venían por el campo, e los de pie que se venían por la sierra e por el ala*» (GARCIA DE SANTA MARIA, A.: *Ob. cit.*, p. 304).

42. Véase nota 36.

La batalla de La Higuera⁴³, constituyó, según Luis Suárez, «*uno de los más brillantes episodios caballerescos del reinado de Juan II*»⁴⁴. El encuentro se atuvo al esquema táctico medieval más clásico, la carga de caballería montada. En realidad, la batalla podemos dividirla en dos fases; en la escaramuza previa entre los hombres del maestre de Calatrava, que realizaban trabajos de allanamiento de acequias y barrancos, y los musulmanes que habían salido a hostigarlos, intervinieron tanto caballeros como peones⁴⁵. En una segunda fase, los granadinos levantaron su real fuera de la ciudad y situaron sus batallas, también los cristianos dispusieron las suyas; comenzó entonces la confrontación campal propiamente dicha, que se redujo al choque de líneas de caballería⁴⁶. El objetivo de la carga de caballería era desbaratar la formación enemiga, que perdía así buena parte de su fuerza⁴⁷. Esto fue precisamente lo que logró Alvaro de Luna, quien al mando de la vanguardia de caballeros castellanos, consiguió penetrar profundamente en la formación enemiga, «*E metió tanto su batalla adelante que una batalla de los moros quedó atrás*»⁴⁸. Posteriores acometidas lograron quebrar el frente musulmán por varios sectores; rota la cohesión del ejército granadino, éste se descompuso y fue presa del pánico⁴⁹. Es probable, como apunta Seco de Lucena⁵⁰, que los nazaríes, al advertir que estaban desunidos e iban a ser copados, iniciaran un repliegue con ánimo de reagruparse; sin embargo, la presión y el acoso al que los sometieran los castellanos les habría impedido reorganizarse.

A pesar de que es incuestionable la existencia de una táctica en la confrontación campal medieval, batallas como Boca del Asna o La Higuera parecen reforzar la idea, que ya apuntara Smail⁵¹, según la cual el resultado de toda batalla era incierto y el control sobre las huestes propias muy relativo, de modo que el desenlace de la misma dependía en buena medida del esfuerzo individual, la moral de la tropa y la buena fortuna.

43. Muy poco nos dicen las crónicas sobre los efectivos que intervinieron en la confrontación. No sabemos que fuerzas dispusieron los cristianos, pero sí las que emplearon los musulmanes. Siempre según las crónicas, en un momento dado los granadinos optaron por presentar batalla campal y salieron de la capital nazarí con la inmensa mayoría de las fuerzas disponibles, «*Serían los moros fasta quatro mill de cavallo, e doçientos mill peones, entre ballesteros e lanceros, e apenas avía quedado aquel día en la çibdad de Granada moro que fuese para tomar armas, que allí no estobiesse*» (CHACON, G.: *Ob. cit.*, p. 133; también en PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 498). Es evidente que estas cifras son exageradas, su objetivo no es otro que realzar la victoria cristiana, lograda ante un ejército tan «numeroso».

44. SUAREZ FERNANDEZ, L.: *Ob. cit.*, p. 19.

45. PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p.497; CHACON, G.: *Ob. cit.*, p. 131.

46. PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, pp. 497-498; CHACON, G.: *Ob. cit.*, pp. 133-138; CARRILLO DE HUETE, P.: *Ob. cit.*, p. 105; BARRIENTOS, L.: *Ob. cit.*, pp. 121-122. En lo referido al uso de artillería pirobalística, las crónicas no nos dan ninguna noticia sobre su utilización durante la batalla.

47. Para ello era necesario mantener un orden de combate muy cerrado y conservar la formación, acelerando progresivamente hasta alcanzar la velocidad máxima en el momento del choque (CONTAMINE, Ph.: *Ob. cit.*, p. 287.).

48. CHACON, Gonzalo: *Ob. cit.*, p. 138.

49. PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 498; CHACON, G.: *Ob. cit.*, p. 138. Como en el caso de la batalla de Boca de Asna, en La Higuera la retirada musulmana también se convirtió en franca fuga, y como en aquella, el real granadino fue destruido y los huidos perseguidos incansablemente hasta la caída de la noche (PEREZ DE GUZMAN, F.: *Ob. cit.*, p. 498; CHACON, G.: *Ob. cit.*, pp. 138-139). En cuanto a las pérdidas humanas en la batalla, las crónicas nos ofrecen cifras increíbles: entre diez y doce mil «moros» muertos (CARRILLO DE HUETE, P.: *Ob. cit.*, p. 105.; BARRIENTOS, L.: *Ob. cit.*, p. 122); nada se dice sobre los efectivos que los cristianos perdieron en el enfrentamiento. Como en el relato de Boca de Asna, lo que se pretende es acrecentar en lo posible la magnitud de la derrota granadina .

50. «Las campañas de Castilla...., *art. cit.*, p. 114.

51. ISMAIL, R.C.: *Cruading Warfare (1097-1193)*, Cambridge, 1967, citado por GARCIA FITZ, F.: «La guerra en la obra...., *art. cit.*, p. 60.